

VILLORO

La literatura moderna no sería lo que actualmente es si no fuera por ese espacio que ofrecen ciertos cafés a los autores. Las pláticas de café son algo más que eso.

ELIZONDO

Nuestros sindicatos no son sólo opacos en el uso de sus recursos, sino que dificultan tener servicios públicos más eficientes y de mejor calidad.

CATÓN

Una muchacha contaba, gemebunda: “Aquella noche traía yo una blusa con botones por atrás, y se desabrochó uno. Le pedí a mi novio que me abrochara. ¡Y lo hizo!”...

Café y escritura

JUAN VILLORO

Con motivo de su segundo aniversario, el miércoles 24 de octubre, a las 21 horas, TV UNAM transmitirá el documental *Café con Shandy* en el que Enrique Vila-Matas responde a las preguntas que le planteo sobre crítica y ficción. El propósito de este artículo no es resumir la conversación sino celebrar el escenario en que transcurre. Me refiero al Bauma, sitio de usos múltiples donde señoras barcelonesas favorecen los “libritos” de ternera en el almuerzo y algunos parroquianos reinventan el mundo ante un vaso de whisky o un café cortado.

Excéntrico afecto a las costumbres, Vila-Matas desconfía de las iniciativas para conocer nuevos lugares. El autor de *Exploradores del abismo* reserva las expediciones arriesgadas para las tareas mentales. En una ocasión lo convencí de que nos reuniéramos a cenar en un restaurante de Barcelona alejado de su casa. Mostró sus habituales prevenciones pero cedió por generosidad. Lo esperamos durante un lapso kafkiano hasta que finalmente llamó por teléfono: “¡Estoy en el café Zángano!”, exclamó con la desesperación del que está perdido y ha tenido que entrar en un sitio que no es el suyo a hacer una llamada de emergencia. Aquello era una claudicación. Enrique es del Bauma como es del Barça.

En un libro tan adictivo como su tema, *Poética del café*, Antoni Martí Moner recuerda la importancia cultural de los espacios diseñados para conversar sin límite de tiempo. Aunque la expresión “intelectuales de café” desprecia a quienes dilapidan su talento ante un capuchino, la literatura moderna no sería lo que es sin esos locales donde el público se mezcla con lo privado y un elixir sirve a la tarea esencial de mantenernos despiertos para tener opiniones.

La escritura ha sido determinada por el café. *El hombre de la multitud*, de Edgar Allan Poe, registra la despersonalización producida por la gran ciudad. No es casual que el cuento comience y termine en un café, refugio transitorio del ciudadano que en la calle se borra en el anonimato.

Para justificar sus horas en el Café del Pombó, Gómez de la Serna comentó: “El escritor debe estar sentado en medio de la vida, pero al margen de ella y en el sitio en que están las gentes sin profesión determinada”. Al café no se llega como abogado o panadero: ahí los expertos deben interesarse en generalidades. Por

eso es el observatorio ideal para los cronistas de lo diario.

Walter Benjamin juzgaba que el comensal atento era una especie de cirujano de la realidad: “El autor coloca la idea sobre la mesa de mármol del café. Larga reflexión, pues aprovecha el tiempo antes de que llegue el vaso, esa lente con la cual examina al paciente. Luego saca poco a poco su instrumental: estilográfica, lápiz y pipa. La masa de clientes, dispuesta como en un anfiteatro, constituye el público de su hospital”.

Algunos van al café a escribir o leer, y se dan casos de alta cacería en que un aprendiz de genio va ahí a contemplar a un maestro. Elias Canetti asistía al Central de Viena para estudiar a Karl Kraus, imparable defensor de la pureza de la lengua. Para el autor de *Los últimos días de la humanidad*, la gran corruptora del idioma es la prensa. Uno de sus aforismos reza: “Los periodistas escriben porque no tienen nada que decir y tienen algo que decir porque escriben”. ¿Cómo sabía esto Kraus? Porque no dejaba de leer periódicos. A Canetti le cautivaba el tenso brazo del crítico sosteniendo el diario, la mirada apasionada por el repudio, el rictus placentero al descubrir una frase condeñable. Kraus oficiaba ahí como un sacerdote ante el altar de la lengua.

Otros han tenido una relación más tranquila con la mesita de mármol en la que apoyan sus papeles. Claudio Magris escribió su tesis de doctorado en el café San Marco de Trieste y hasta la fecha califica ahí los exámenes de sus alumnos (“¡por eso aprueba a todo mundo!”, me dijo Martí Moner de cuando hablamos del tema). La felicidad cafetera vuela a unos al análisis intranigente y a otros a la benevolencia.

Quienes admiramos a Fabio Morábito pudimos verlo durante años en un café de Insurgentes. El poeta no tenía teléfono y hacía poca vida social. La única forma de encontrarlo era ir a su mesa de siempre. La decoración del sitio se apartaba mucho de los célebres cafés de Alejandría, donde nació Morábito, o los de Milán, de donde proviene su familia. Daba la impresión de que el talento para la repostería se había aplicado sobre todo a las paredes. En ese escenario cursilón resaltaba aún más la conversación exacta, poco dada a los arrebatos, del poeta y narrador. Además, reforzaba su proverbial discreción: nadie podía sospechar que alguien escribiera ahí. Su mesa era para iniciados.



La presencia de Vila-Matas en el Bauma pertenece a la tradición literaria. El gran cronista de ese sitio es Joan de Sagarra, autor de la columna “La horma de mi sombrero”. En una de sus entregas escribió una frase que cito de memoria: “Mañana el Bauma cierra por vacaciones; sin embargo, esta columna seguirá apareciendo”. Su pluma está tan vinculada a ese escenario que parece una extravagancia que publique cuando el lugar está cerrado.

Café con Shandy fue ideado por Margarita Heredia Zubieta para su libro *Vila-Matas portátil, un autor ante la crítica*, dirigido por Enrique Díaz Álvarez y producido por TV UNAM y editorial Candaya. El concepto “shandy” alude a una conjura de artistas que sólo se interesan en el arte portátil que cabe en un maletín.

Hay universidades en las que basta pedir un café para estar inscrito. La de Kafka fue el Arco y la de Pessoa el Martinho da Arcadas. *Café con Shandy*, conversación con Enrique Vila-Matas, forma parte de esa academia informal y venturosa donde Kraus criticó a los asistentes pero no a sus contortulios y donde Magris ejerce la ética del anfitrión y aprueba a todos sus alumnos.

DE POLÍTICA Y COSAS PEORES

Voz honesta

CATÓN

Legó lord Feebledick a su casa, y al entrar en la alcoba sorprendió a su mujer, lady Loosebloomers, en íntimo abrazo de concupiscencia con el guardabosque Wellh Ung. “¡Pero, Wellh! ¡prorrumpo Feebledick con voz doliente!; Tú, entre todos mis servidores el más fiel! ¿Cómo puedes hacerme esto?” Contesta el guardabosque, respetuoso: “No se lo estoy haciendo a usted, milord”... La esposa de Babalucas enfermó de gravedad. Iba a pasar a mejor vida. En el lecho de muerte le dice a su marido: “Debo hacerte una confesión, Baba: nuestro hijo no es tuyo”. Responde Babalucas: “¡Tampoco es tuyo!”. “¿Cómo que no es mío! –protesta la mujer–. ¡Yo lo di a luz!” “Es cierto –reconoce el badulaque–. Pero un día me dijiste en la maternidad: ‘Cambia al niño’. Y lo cambié”... Los perredistas deberían escuchar la voz de Cuauhtémoc Cárdenas, voz honesta y de razón. En opinión del líder moral del PRD el gobierno de Felipe Calderón debe ser reconocido por todos, más allá de la discusión sobre el resultado de la elección presidencial del 2 de julio. No sólo encabeza Calderón un gobierno constituido: además ha recibido el reconocimiento de otros gobiernos y de todos los sectores de la sociedad. La opinión del ingeniero Cárdenas está acorde con la realidad. Sólo la obcecación de unos cuantos –cada vez menos– puede ser causa de negar una evidencia fincada no sólo en la determinación del órgano electoral y del tribunal correspondiente, sino en la voluntad de la ciudadanía, que reconoce en forma absolutamente mayoritaria la Presidencia encabezada por Calderón. De espaldas a la verdad, por tanto, y a los mexicanos, viven quienes aún impugnan su gobierno. No son idealistas: son ideáticos. Lo mejor que con ellos se puede hacer es ignorarlos. (El autor hace un gesto de indi-

ferencia y se retira de su comentario)... La señora tuvo el antojo de comprarse una periquita, y fue a una tienda de mascotas. El dueño le mostró una cotorra muy graciosa, de rojo copete, plumaje tornasolado y ojos vivos. “Esta lorita –le dijo– pertenece a una variedad sumamente rara: es la única ave conocida que pone huevos cuadrados”. La visitante, encantada con la pajarita y atraída por su rareza, manifestó su deseo de comprarla. “Una cosa debo advertirle, señora –le previno el vendedor–. La periquita sólo sabe palabras de grueso calibre: al hablar no dice más que maldiciones”. “No importa –responde la compradora–. Eso me gusta más aún”. Llevó a su casa, pues, a la cotorra. Pero pasó una semana, y dos y tres pasaron, y la periquita no hablaba; no decía nada. Tomó el teléfono la señora y llamó al de la tienda. “Oiga –le reclama–. Usted me dijo que la periquita sabe decir maldiciones, y hasta ahora no ha dicho ni una sola”. Contesta el tipo: “¿Recuerda que le dije que la lorita pone huevos cuadrados?” “Lo recuerdo” –declara la señora. “Entonces sólo hay que esperar –le indica el hombre–. Las maldiciones las dice cada vez que pone un huevo”... El capataz de la fábrica le dice a uno de los trabajadores: “Se acerca ya la fiesta de Halloween que hace la compañía. ¿De qué crees que debo ir disfrazado?” Le aconseja el obrero: “Disfrázate de nieto de p...”. “¿De nieto de p...? –se sorprende el capataz–. ¿Por qué?” Le explica el otro: “Porque si te disfrazas de hijo todo mundo te va a reconocer”... En el atestado autobús la curvilínea muchacha le dice al oído a su compañera: “Observa disimuladamente, y dime si el hombre que tengo atrás, pegado a mí, es guapo”. “Es joven” –le responde la amiga. “Dime si es guapo –insiste la muchacha–. Su juventud ya la he sentido”... (No le entendí)... FIN.

MIRADOR

ARMANDO FUENTES AGUIRRE

El padre Soárez charlaba con el Cristo de su iglesia.

–Señor –le dijo–. Es muy hermoso aquel pasaje de tu Evangelio en el cual se dice que el óbolo que la viuda pobre entregó al templo tuvo más valor que la rica limosna del hombre poderoso.

–Sí –contestó el Señor–. Y habría tenido más valor aún si en vez de entregar su limosna al templo la hubiera dado a otra viuda más pobre aún que ella.

–Caramba, Señor –se rascó la cabeza el padre Soárez–. A veces me escandalizas con tus opiniones. ¿Con qué se va a sostener tu templo, entonces, si no es con las aportaciones de los fieles?

–Está bien –concedió el Señor–. Que con ellas se sostenga. Pero a condición de que en mi templo aprendan los hombres que la más bella limosna, la más alta expresión de la caridad, es el bien que en Mi nombre se hace a quien lo necesita.

El padre Soárez entendió lo que decía su Maestro. Se debe dar al templo, sí, pero sin olvidar que cada hombre es un templo.

¡Hasta mañana!...

Sindicatos y democracia

CARLOS ELIZONDO MAYER-SERRA

El PAN acaba de descubrir que los sindicatos no son transparentes en el manejo de sus recursos. Han mandado una iniciativa de ley para obligarlos a rendir cuentas. No es ninguna novedad, pero más vale tarde que nunca.

Los sindicatos son de las entidades más opacas. En el pasado fueron funcionales así. Eran un poderoso instrumento de control político del gobierno. Este control se daba a cambio de una amplia libertad para manejar sus asuntos internos, sin importar cómo ni quiénes gastaran los recursos a su cargo ni cómo eligieran a sus líderes. La regla de la no reelección no importaba en este ámbito.

Esto fue así mientras fueron leales. En el viejo régimen, un líder sindical desleal, que creyera que la autonomía era para actuar con libertad fuera de su ámbito o que desafiara al gobierno, podía terminar en la cárcel, como fue el caso de *La Quina* del sindicato de Pemex, o defenestrado, como Carlos Jonguitud, el antiguo cacique del SNTE. Estas intervenciones no eran para democratizar o transparentar los sindicatos. Eran meros cambios en el liderazgo para poner a gente más leal, por lo menos al gobierno en turno.

Hoy, ni éstos ni otros sindicatos le brindan al gobierno la lealtad de antes. Con la derrota del PRI a la Presidencia se le terminó el pacto de lealtad. Puede haber acuerdos caso por caso, o incluso arreglos más amplios, como con el SNTE, pero cobran muy alto por sus servicios. Además de la autonomía que heredaron para manejar sus asuntos internos con toda discreción, ahora cuentan con un amplio margen de maniobra política. Éste les da suficiente peso en el Congreso, repartidos en todos los partidos, incluido uno del SNTE, como para frenar cualquier reforma.

Alegar que pedir transparencia violenta la autonomía sindical es levantar una cortina de humo. La autonomía debe ser de los trabajadores, no de los líderes. La iniciativa presentada por el PAN pide que haya mecanismos para que cualquier afiliado pueda pedirle cuentas a su líder. Para eso está el gobierno, para garantizar que los derechos no sean mera retórica. Oír a muchos de estos líderes hablar sobre la vida democrática y la transparencia de sus sindicatos suena conmovedor. No es así. Se necesitan reglas claras para que realmente los trabajadores decidan quién es su líder y cómo gasta sus recursos. Así es en otros países.

Todos los mexicanos tenemos pleno derecho a saber qué hacen algunos de los sindicatos con sus recursos. Me refiero a los sindicatos de quienes trabajan para el gobierno, ya sea el central o alguna de sus empresas. Ahí somos los dueños y debemos saber cómo se gastan nuestros recursos.

Es en esos sindicatos donde se encuentran los mayores abusos. Tienen muchos recursos. Unos vienen por cuotas obligatorias de los trabajadores que el gobierno les transfiere de la nómina sin consultarlos. Otros, son pagos de distintos tipos que hace el gobierno para obra social o para gastos del sindicato. El dinero viene de nuestro patrimonio, el fiscal. Tenemos todo el derecho de saber cuánto es y si se gasta bien.

Más interés aún tenemos los contribuyentes en lograr un mejor acuerdo entre el gobierno y sus trabajadores. Los contratos colectivos de la mayoría de los trabajadores del gobierno parten del principio de que en este sector no importa la productividad y que el gobierno no puede quebrar. El resultado son arreglos absurdos que permiten a la gente cobrar un salario a cambio de muy poco trabajo y

con políticas de pensiones que no sólo son impagables, sino que mandan al retiro a trabajadores en plenitud. Esto nos cuesta a todos en más impuestos y servicios de baja calidad. No resolverlo implica no tener un gobierno eficiente y a costos razonables, es tener siempre una deuda con el causante que no recibe lo que debería por los impuestos que paga, pues el gobierno es torpe y caro, en alguna medida resultado de los arreglos laborales que tiene.

Con el fin de enfrentar esto, el IMSS le planteó a sus trabajadores que el contrato colectivo no era eficiente ni pagable. El costo lo están sufriendo los trabajadores afiliados que pagan por pensiones para los trabajadores del IMSS, que ellos como afiliados no tienen, y enfrentan un servicio médico de menor calidad al que podrían acceder con un mejor contrato colectivo de trabajo. El IMSS también le ha pedido al sindicato que transparenten sus cuentas.

El sindicato se ha negado. La transparencia, dicen, viola su autonomía. Si el contrato cuesta mucho no es su problema. A fin de cuentas, su costo se diluye entre todos los causantes y los trabajadores afiliados al IMSS que no reciben lo que merecen. Tristemente el gobierno aceptó la negativa del sindicato. Nadie protesta por este hecho.

Nuestro modelo sindical privilegia a los líderes sobre los trabajadores y a éstos sobre el servicio público que prestan. No reformarlo implica tener espacios de nuestra vida política no democráticos y servicios caros y malos, con lo cual es muy difícil que el público tenga el prestigio que tiene en otros lugares del mundo, incluso en los que no se venera el estatismo que nos domina y paraliza.

Correo electrónico: elizondoms@yahoo.com.mx